

Juésves 21 de febrero, 1839.

EL PANORAMA,

PERIÓDICO DE MORAL, LITERATURA, ARTES, TEATROS Y MODAS.

ÍNDICE DE ESTE NÚMERO. — Religión de la India. — El precio de la vida (conclusion.) — Leyenda del muerto novio. — La muerte del Carnaval. — Ramillete.

RELIGION DE LA INDIA. (*)

TRINIDAD BRAMA.

La religión de los indios es, propiamente hablando, el monoteísmo. Reconocen un solo dios, á quien nombran Brahm y es el ser eterno, el espíritu incomprendible. Pero personifican la voluntad de Dios que ha creado el mundo y lo conserva. — En su mitología, *Brama* representa la creación, *Vishnu* la conservación y *Siva* la destrucción. No entienden por destrucción el aniquilamiento absoluto, sino la reproducción en otras formas.

(*) Debiendo verificarse próximamente la primera representación del *Paria*, tragedia muy recomendada entre los literatos, creemos que el público leerá con gusto esta descripción del culto bramínico, sobre el cual fundó Casimiro Delavigne la fábula de su composición.

En la metafísica india *Brama* es la materia, *Vishnu* el espíritu y *Siva* el tiempo; en la filosofía natural representan la tierra, el agua y el fuego.

No hay objeto que se libre de esta manía de personificación: el sol, la luna, cuanto pertenece al cielo, el fuego, el aire, los fenómenos de la naturaleza, las pasiones, las sensaciones, las virtudes, los vicios se transforman en personajes y obran en su turbulenta historia respecto del hombre.

Las potestades conservadoras y reproductoras, que continuamente están en acción, han bajado, según ellos, millares de veces á diferentes puntos de la tierra para instruir, iluminar y castigar al género humano. Las mujeres y los hijos de estas potestades, así como sus esposos y sus padres, han venido también bajo formas siempre variadas para concurrir al mismo objeto.

La historia de estas encarnaciones interminables ha abierto vasto campo á la imaginación de los poetas. Su ingenio, sus ricas descripciones llenas de moral y de

teología, la han fecundado de una manera prodijiosa; y, mas tarde, sus escritos han pasado por inspiraciones de la divina verdad.

Esta trinidad de potestades produjo tres sectas, que después han quedado reducidas á dos: la de *Vaishnava* y la de *Saiva*, que comprenden hoy á todos los individuos del numeroso pueblo indio.

Estos no erijen altares á Brama: solo adoran á los seres fantásticos que ellos mismos han creado. "Ninguna figura hay, » dice el *Veda* (libro sagrado) de aquel » cuya gloria es tan grande, que todo lo » ilumina, que todo lo ordena, de quien » todo procede, que da á todo vida, y á » quien todo debe volver algun dia."



Consideremos ahora los atributos personificados de cada una de las personas de la trinidad india.

BRAMA.

Brama es la potestad creadora en la divinidad personificada; y, de los tres nom-

bres que van citados, el mas conocido en Europa y el que ménos papel hace en la India: las otras dos potestades, la de la conservacion y la de la destruccion, son allí honradas mucho mas particularmente. Hay imágenes de Brama en los templos de los otros dioses; se le consagran ofrendas y se le dirijen invocaciones; pero no

tiene, como ciertas deidades, templos ó cultos exclusivamente dedicados á él. La razón de esto es muy sencilla: el acto de la creación está ya consumado; luego su poder no tiene ya una intervención inmediata en la continuación y cesación de la existencia material, ó, en otros términos, en la conservación y destrucción del universo.

Brama goza de la facultad de crear, *Siva* tiene la de destruir; pero destruir segun su poder es crear bajo otra forma. De allí nace que *Siva* y *Brama* se encuentran muchas veces unidos el uno al otro.

En la mitología, *Brama* es el primero de los tres grandes atributos personificados de *Brahm*, ser supremo. Llámale el primero de los dioses, el autor del universo, el conservador del mundo. Divide con *Vishnu* el último título. Siempre se le representa con cuatro rostros para designar las cuatro partes del mundo que ha creado, ó los cuatro elementos que lo componen, uno de los cuales, como dice el *Veda*, ha salido de su boca.

Segun ciertas leyendas, tuvo en algun tiempo cinco cabezas; pero se cuenta que *Siva*, el cual tiene tambien cinco, le cortó una.

Muchas deidades tienen su mujer, que jeneralmente se designa con el nombre de *Sacti*. La *Sacti* de *Brama* es *Sarawasti*, diosa de la armonía y de las artes.

Estas deidades tienen tambien cabaladuras ó *Vahnans*, á ellas consagradas. La de *Brama* y de su *Sacti* es el cisne llamado *Hanasa*.

El grabado le representa bajo la forma mas comun, con cuatro cabezas y cuatro brazos, llevando en sus manos una porcion del *Veda*, una cuchara que se usa en las ceremonias sagradas para derramar el agua lustral, un rosario (®); y por último un

vaso que contenga el agua necesaria para las abluciones, indispensable preliminar de todo sacrificio y de toda oracion.

Los indios creen que el *Veda* ha sido revelado por *Brama*, y que la tradicion lo ha propagado hasta que un sabio, que recibió el nombre de *Vedavysa* (compilador de los *Vedas*) le dió la forma actual, distribuyendo las escrituras sagradas de la India en cuatro partes, y dando á cada una título separado: *Rich*, *Yajuh*, *Sama* y *Athavana*.

VISHNU.

Vishnu es la segunda persona de la trinidad de los indios, personificación de la potestad que conserva, y tiene el solo mas adoradores que las otras divinidades juntas. Es asimismo personificación del sol, y reciprocamente el sol es su imájen. Representa tambien el tiempo, como *Brama* y *Siva*. Algunas veces, *Vishnu* es la tierra, el agua, la humedad en jeneral, y por consiguiente el aire que los indios saben que es una de las formas de la humedad. Es tambien el espacio, y entónces se supone que su color es azul, idéntico al que se ve en el cielo.

Algunas veces representan á *Vishnu* montado en un águila, ó mas bien en un animal monstruo de águila y hombre, al cual apellidan *Garuda*, recorriendo su propio elemento y lanzándose al firmamento con vuelo seguro.

Cuando se considera á *Vishnu* como principio de la humedad, lleva como simbolo distintivo un triángulo con la punta hacia abajo: tambien es atributo de *Siva*, cuando designa el fuego; pero entónces se vuelve hacia arriba la punta del triángulo.

El paraíso, ó celeste mansion de *Vishnu*, se llama *Vaikontha*. El *Vaikontha* se coloca en el cielo, en la tierra, y algunas

(®) Los Bramines usan rosarios como los católicos: pasan un grano á cada nombre de la divinidad india que recitan mentalmente.

veces en un mar de leche, debajo de la tierra.

Los atributos de *Vishnu* son una concha (*Chank*) y una especie de rueda ó disco llamado *Chakra*: el *Gadha* ó maza; y el *Padma*, flor de bocha. De los cuatro, el que mas distingue á *Vishnu* es el *Chank*.

SIVA.

Siva está considerado como la tercera potestad ó la tercera persona de la trinidad de los indios. Es el poder destructor y regenerador. Su mujer *Bhavaní* es el símbolo de la naturaleza creada. Como Dios de la justicia, va caballero en un toro, símbolo de la justicia divina. Lleva por común atributo un tridente llamado *Trisula*; bajo este aspecto, como bajo otros muchos, se parece al Neptuno de la mitología griega. Su mujer ofrece tambien bastante semejanza con el agua ó *Tétis*. El color de *Siva*, lo mismo que el de su toro, es el blanco, sin duda para recordar la pureza sin mancha de la justicia: su cabellera es clara y algunas veces roja. Tan pronto le representan con dos brazos, como con cuatro, ocho ó diez, y muchas veces con cinco cabezas. En medio de la frente, ademas de los dos, tiene otro ojo colocado verticalmente, distincion peculiar suya, de sus hijos y de sus encarnaciones. Como emblema de la inmortalidad, se ven algunas serpientes en el tocado de gran número de divinidades; pero *Siva* lleva este adorno mas abundante que las otras potestades. Tiene serpientes en el cabello, al rededor del cuello, de la cintura, de los brazos, de las muñecas y de las piernas; y estos son sus únicos anillos. Tambien lleva en la cabeza una media luna.

Sus tres ojos significan que ve las tres divisiones del tiempo: lo pasado, lo presente y lo futuro. Su media luna recuerda las fases de este astro, que miden el tiempo:

la serpiente, que constituye el primer collar al rededor de su cuello, indica los años: el segundo collar, formado de craneos, reproduce la revolucion de los siglos, la extincion y sucesion de las jeneraciones de la especie humana: el tridente significa que en él están reunidos tres grandes poderes.

Benarés, ciudad de la India, nombre que le dan dos rios (*Benar* y *Assi*) que desembocan en el Ganges, es el centro del culto indico y encierra el mas célebre de sus templos.

Allí puede cualquiera ser testigo del supersticioso culto que se tributa al Ganges y sus aguas. Este rio, segun voz del pueblo, tiene la propiedad de borrar las manchas de quien en él se baña: el morir en su orilla ó en sus aguas conduce al paraíso. Para contemplarlo, para bañarse en él hacen los indios viajes de muchos centenares de leguas; algunos fanáticos buscan en él una muerte voluntaria: por último, otros ahogan allí á sus hijos por un exceso de supersticiosa ternura.

La santa ciudad de Benarés, trono del culto de los indios, es muy notable, especialmente por el caprichoso carácter de sus construcciones. Desde que los musulmanes se apoderaron de ella, se ven muchas mezquitas al lado de las modernas pagodas, luciendo su vaporosa arquitectura entre los macizos monumentos del arte indio.

EL PRECIO DE LA VIDA.

Historieta extractada de las Memorias de un caballero de Bretaña.

(Conclusion.)

Fué á cerrar la puerta y volvió á sentarse junto á mí, que conmovido y trémulo estaba aguardando su fatal confesion.

no dudando que sería grave y solemne, porque observaba en su fisonomía una expresión que en ninguna otra persona había visto. Estaba pálido; sus negros ojos lanzaban miradas de fuego, y sus facciones, aunque alteradas por el padecimiento, se contraían de cuando en cuando con una sonrisa irónica é infernal. — «Lo que voy á comunicaros, dijo, confundirá sin duda vuestra mente: dudareis... no queréis creerme... yo mismo dudé todavía... ó á lo ménos quisiera dudar; pero las pruebas están aquí, y en todo cuanto nos rodea, en nuestra misma organizacion hay misterios que sentimos y no podemos comprender.» Detóvose un instante como para recoger sus ideas, pasó la mano por la frente y continuó de esta manera: — «Nací en esta quinta: tenía dos hermanos mayores que habían de heredar los bienes y los timbres de nuestra casa, sin dejarme aspirar á otra cosa que algun beneficio eclesiástico. Á pesar de esta seguridad, fermentaban en mi cabeza y hacían latir mi pecho los mas altos pensamientos de ambicion y gloria. Indignado contra mi obscuridad, sediento de fama, solo pensaba en los medios de adquirirla, y me iba haciendo insensible á todos los placeres y dulzuras de la vida, porque el porvenir se presentaba á mis ojos con sombrías y melancólicas tintas.

«Cumplí los treinta años y nada era todavía. Eutónces se levantaban en la capital cien reputaciones literarias, cuyo rumor llegaba hasta nuestra provincia. — Ah! me decía yo muchas veces, si pudiese al ménos brillar en la carrera de las letras! esto me proporcionaría renombre y sería feliz. — Tenía por confidente de mis pesares á un negro, criado antiguo, que se hallaba en la quinta desde mucho antes de mi nacimiento: era sin duda el individuo mas viejo que había en la casa, pues nadie se acordaba de haberle visto

entrar en ella, y no faltaba quien asegurase que había conocido al mariscal Fabert y halládose presente á su muerte.»

Al llegar á este punto hice un gesto de sorpresa, que mi interlocutor observó, y cortando el hilo de su discurso me preguntó qué tenía. — Nada, le respondí; pero no pude ménos de acordarme del hombre negro del cuento del posadero.

El señor C*** continuó.

«Un dia, en presencia de Yago (así se llamaba el negro) di rienda suelta á mi desesperacion, maldije mi obscuridad y mi existencia, hasta entónces inútil, exclamando: *Daré diez años de mi vida por verme colocada en la primera línea de los autores.* — Muchos son diez años, me respondió con frialdad: cara queréis pagar tan poca cosa: pero no importa: acepto los diez años: recordad vuestra promesa, que yo cumpliré la mía. — No os pintaré mi asombro al escuchar estas palabras. Imaginé que la edad había debilitado sus facultades intelectuales; encojime de hombros sonriéndome, y á pocos dias emprendí un viaje á Paris. Allí me encontré metido en la sociedad de los literatos. Animado por su ejemplo, publiqué muchas obras, de cuyo feliz éxito no hablaré ahora... Leyólas todo Paris: difundieron mis alabanzas los periódicos, hizose célebre mi nombre, y aun ayer, amable jóven, lo estábais vos admirando...»

Otro gesto de sorpresa interrumpió la relacion. — Luego no sois el duque de C***? le dije.

— No lo soy, me respondió friamente, suspirando y sonriéndose con amargura y continuó:

— «Esta reputacion literaria tan apetecida fué muy pronto insuficiente para un alma tan fogosa como la mía. Yo aspiraba á mas nobles triunfos y decía á Yago, que me acompañó á Paris y no me abandonaba un momento: La gloria positiva,

«la verdadera fama es la que se adquiere
«en la carrera de las armas. Qué vale un
«literato, un poeta? Nada. Un gran capi-
«tán, un general de ejército!... he ahí la
«suerte que envió y daría diez de los
«años que me restan por una gran repu-
«tación militar.— Los acepto, me respon-
«dió Yago: ya son míos, no lo olvidéis.»

«A este punto detúvose otra vez el des-
«conocido: y viendo la turbación que se
«pintaba en todas mis facciones, prosiguió:

«Ya os lo he dicho, amable jóven; os
«cuesta trabajo el creerme: todo esto os
«parece un sueño, una quimera!... tam-
«bien á mí... y sin embargo los grados,
«los honores que he obtenido no eran ilu-
«sion; los soldados que conduje á la bata-
«lla, los reductos asaltados, las bande-
«ras cojidas al enemigo, esas victorias que
«han regocijado á la Francia... todo fué obra
«mía... toda esa gloria me pertenece.»

«Yago había cumplido su palabra. Cuán-
«do, mas tarde, disgustado del humo y
«no de la gloria militar, aspiré á lo único
«que este mundo puede ofrecer de real y
«positivo, cuando por el precio de cinco
«ó seis años de existencia, apetéci oro, ri-
«quezas... también me lo concedió. Sí, jóven,
«sí: la fortuna me halagó, sobrepusó to-
«dos mis deseos; vastas posesiones, par-
«ques, edificios... Aun esta mañana era
«dueño de tantos bienes... y si dudais de
«mí, si dudais de Yago, aguardad, aguardad:
«él va á venir, vais á verle al mo-
«mento: ah! no es un sueño, no es una
«quimera la que confunde vuestra razón
«y la mía.»

«El desconocido se acercó entónces á la
«chimenea, miró al reloj, hizo un gesto de
«horror y me dijo en voz baja:

«Hoy mismo, al amanecer, me senti
«tan abatido, tan débil que apenas podia
«levantarme. Llamé á mi ayuda de cámara,
«y Yago fué quien se presentó.— Qué
«es lo que me sucede? le pregunté.— Señor,

«una cosa muy natural. Se acerca la hora,
«llega el momento.— Qué momento?—
«No lo adivináis? El cielo os había conce-
«dido sesenta años de vida. Treinta ta-
«niais cuando empecé á obedeceros.— Ya-
«go, le dije con espanto, hablas seriamen-
«te?— Sí, amo y señor mio: en cinco años
«habeis consumido en gloria veinte y cinco
«años de existencia. Me los habeis dado, me
«pertenecen; y quedan añadidos á los
«míos.— Cómo! ese era el precio de tus
«favores?— Otros los han pagado mas
«caros, testigo Fabert, á quien tambien
«protejí.— Calla! calla! le grité: no es
«posible!— Enhorabuena; mas preparaos;
«porque solo os queda media hora de vi-
«da.— Tú te burlas de mí, tú me enga-
«ñas.— De ningún modo: calculad vos
«mismo. Treinta y cinco años que habeis
«vivido realmente, y veinte y cinco que
«habeis perdido, son sesenta. Suma ca-
«bal.— Y se disponia á salir... y yo sentí
«que mis fuerzas se iban disminuyendo,
«que mi vida huía apresuradamente.— Ya-
«go! Yago! exclamé: dame algunas horas,
«algunas horas aun.— No, no, me res-
«pondió, eso sería desmembrar mi capi-
«tal, y yo conozco mejor que vos el pre-
«cio de la vida. No hay tesoro que pueda
«pagar dos horas de existencia.— Y en-
«tretanto mis ojos se eclipsaban y el frío
«de la muerte iba helando mis venas.—
«Pues bien! le dije haciendo un esfuerzo,
«vuelve á tomar esos bienes que tal sa-
«crificio me costaron. Dame cuatro horas
«no mas, y renuncio al oro, á las rique-
«zas, á la opulencia que tanto he desee-
«do.— En buen hora: has sido buen amo
«y quiero hacer algo por tí: concedido.

«Ya que sentí reanimadas mis fuerzas,
«volví á exclamar: Poca cosa son cuatro
«horas! Yago! Yago!... dame otras cua-
«tro y renuncio á mi gloria literaria, á
«todas mis producciones, á todo lo que
«me valió el aprecio del mundo!— Cuatro

horas por todo eso? repuso el negro con desden. Es mucho; pero no te negaré la última gracia. — Ah! no es la última. Yago! Yago! dame las doce horas de este día, y bórrense para siempre de la memoria de los hombres mis hazañas, mis victorias, mi renombre militar... Este día, Yago, este día entero y quedaré contento. — Tú abusas de mi bondad, contestó, y yo estoy haciendo un trato necio. Pero, no importa: te doy hasta el ocaso del sol. Despues, nada mas me pidas. Hasta la noche! yo vendré por ti — Y ha desaparecido, continuó mi interlocutor con desesperado acento, y este día en que os hablo es el último que me queda.²²

Acercándose en seguida á la vidriera que estaba abierta y daba al jardín, exclamó: — Ya no veré mas ese hermoso cielo, esos verdes céspedes, esas juguetonas aguas, ya no volveré á respirar el embalsamado ambiente de la primavera. Insensato de mí! Podía gozar aun por espacio de veinte y cinco años esos bienes que Dios concede á todos, esos bienes que no interesaban mi corazón, y cuyas dulzuras comprendo ahora! y he desperdiciado mis días, y los he sacrificado por una gloria estéril que no me ha hecho feliz y que muere conmigo. Ya nada puedo esperar en la tierra, ni aun la desgracia!²³

Dicho esto, abrió la vidriera y echó á correr al jardín, donde desapareció ántes de que yo pudiera detenerle.

Á decir verdad, tampoco tuve fuerzas para intentarlo... Me habia dejado caer sobre el canapé, aturdimado, anonadado por cuanto acababa de ver y de escuchar. Levantéme y eché á andar para convencerme de que estaba despierto y no bajo la influencia de una pesadilla... En este momento se abrió la puerta y apareció un criado, que me dijo: "Aquí está mi amo, el señor duque de C^{ooo}." Entró efectiva-

mente un hombre de unos sesenta años y de noble fisonomía, que tendiéndome su mano me pidió le perdonase el haber hecho aguardar tanto tiempo. "No me hallaba en la Quinta, dijo: acabo de llegar de la ciudad, á donde he ido á consultar á los facultativos sobre la salud del conde de C^{ooo}, mi hermano menor. — Está su vida en peligro? exclamé. — No, gracias á Dios, me respondió el duque; pero en su juventud alteraron su imaginacion ciertas ideas de ambicion y gloria, y una enfermedad que últimamente ha pasado y en la que se ha visto en grave riesgo de perecer, le ha dejado en el cerebro una especie de delirio y enajenacion, que le persuaden de que solo le queda un día que vivir. Esa es su locura."²⁴

Todo quedó explicado.

"Ahora, prosiguió el duque, tratemos de vos, amigo mio, y veamos qué se puede hacer para adelantarnos en el mundo. Al fin del mes iremos á Versalles y os presentaré en la Corte. — Estoy convencido, señor duque, del interes que os tomáis por mi y vengo á daros las gracias. — Cómo! habeis renunciado á vuestros proyectos y á las ventajas que os prometían? — Sí, señor. — Pero no olvidéis que por mi mediacion, vais á hacer una carrera rápida, y que con un poco de asiduidad y paciencia, será fácil que de aquí á diez años... — Diez años perdidos! exclamé. — Pues qué, repuso el duque no sin asombro, es eso pagar muy cara la gloria, la riqueza, los honores?... Vaya, amigo Bernard, írémos á Versalles. — No, señor duque, me vuelvo á Bretaña, rogándoos acepteis mi sincera gratitud y la de toda mi familia.

— Es una locura! exclamó el duque.

Á la mañana siguiente me puse en camino. Con qué delicia ví otra vez mi hermosa quinta de la Roche-Bernard, los añosos árboles de mi jardín, el claro sol de la Bretaña! Allí encontré á mi madre,

á mis hermanas, á mis amigos, la felicidad!... pues ocho dias despues me casé con Enriqueta.

E. SCRIBE.

LITERATURA ALEMANA.

LEYENDA DEL MUERTO NOVIO.

Ya se han cumplido dos siglos desde que principió la famosa guerra de los Treinta-años y desde que el elector palatino Federico ciñó su cabeza con la corona de Bohemia. El emperador y el príncipe palatino de Baviera, con el objeto de arrebatársela, salieron á campaña al frente de los católicos de Alemania. La gran batalla de Monte-blanco, cerca de Praga, fué decisiva: el elector perdió su reino en un solo dia. Corrió la nueva de boca en boca, y todos los estados católicos celebraron con regocijos la caída del pobre Federico, que había ocupado el trono solo algunos meses, y á quien por esta razon llamaban el *rey de invierno*. Todos sabían que se había fugado de Praga, disfrazado y seguido por una pequeña escolta.

Nuestros abuelos, que hace doscientos años habitaban en Herbesheim, lo sabían también. Aquellas jentes se ocupaban mucho, como las de ahora, de las diferencias del estado, y eran ademas fanáticas. La alegría que inspiraron la derrota y caída del rey de invierno fué á lo ménos tan impetuosa y desordenada como la de que fuimos testigos al caer el coloso Napoleón.

Tres bellas jóvenes de Herbesheim estaban un dia juntas y hablabán del rey de invierno. Eran tres buenas amigas y te-

nían tres novios, es decir, cada una el suyo; pues á no ser así, no hubiera durado mucho su amistad. Una se llamaba Verónica, la otra Francisca y la tercera Jacoba.

— No debieron permitir que el rey de los herejes se escapase de Alemania, dijo Verónica: mientras él viva, vivirá también la abominacion de Lutero y derramará su ponzoña en todas partes.

— Sí, exclamó Francisca; el que le mate alcanzará gran premio del emperador, del príncipe palatino de Baviera, de toda la santa iglesia y del Papa; y aun me atrevo á decir que del cielo mismo.

— Yo quisiera que viniese á esta ciudad, dijo Jacoba. Moriría á manos de mi novio, y mi novio recibiría en recompensa algun condado.

— Pero falta saber si tu novio querría hacerte condesa, saltó Verónica, pues no tiene corazon para tan grande hazaña. El mio, con solo mirarle yo, sacaría su espada, tendería al rey de invierno á sus pies y el condado sería para mí.

— No os lisonjéis de ese modo, dijo Francisca: mi novio es el mas bizarro de los tres. Ha estado ya en la guerra de capitán, y si yo le mandase derribar al Gran-Turco de su trono, iría y le derribaría. No os regocijéis tanto que aun está muy lejos el condado.

Mientras las jóvenes disputaban de este modo, oyóse en la calle hacia la puerta de la ciudad un violento rumor de caballos. Al punto corrieron las tres á la ventana; pero hacia un tiempo espantoso, llovía á cántaros y el huracan arremolinaba el agua del cielo y la despedía con violencia contra las fachadas y las ventanas.

— Misericordia divina! exclamó Jacoba, los que con semejante tiempo se ponen en camino no viajan ciertamente por gusto.

— Se verán sin duda precisados á ello, dijo Verónica.

— Ó serán jentes de mala conciencia, añadió Francisca.

En frente estaba la posada del *Escarabajo*, á cuya puerta trece caballeros eebáran pie á tierra muy apresuradamente. Doce de ellos se quedaron junto á sus caballos; el otro que venía cubierto de un ropaje blanco entró en la posada. Á poco salió el huésped con sus criados: llevaron los caballos á la cuadra; los jinetes se metieron en la casa. Á pesar de la lluvia, se había reunido el pueblo en la calle para ver á los extranjeros y á los caballos. El mas hermoso corcel pertenecía al hombre blanco: era una jaca blanquísima, cuhierta con un magnífico caparazon.

— Si fuese el rey de invierno! exclamáron las tres jóvenes, retirándose juntas de la ventana y mirándose fijamente.

En esto se oyéron pasos en la escalera y no tardáron en presentarse los tres novios.

— Sabeis, dijo uno, que el rey de invierno está en la ciudad?

— Buena presa para un valiente, dijo el segundo.

— Qué inquietud observo en esa flaca y pálida faz del hombre vestido de blanco! exclamó el tercero.

Una sensacion de júbilo y espanto á un tiempo hizo estremecer á las tres jóvenes miráronse nuevamente con asombro, y ésta mirada fué como un convenio hecho repentinamente. De golpe tendieron sus manos y exclamáron:

— Sí, sí, las tres á un tiempo.

Luego, cada una se volvió á su novio.

Verónica dijo al suyo:

— Si mi amado deja salir vivo de nuestras murallas al rey de invierno, preferiré quedar soltera toda mi vida á casarme con él; tan de corazón como deseo que Dios y sus santos me ayuden.

Francisca dijo al suyo:

— Si mi querido deja vivir al rey de in-

vierno mas que esta noche, aguardaré mis bodas hasta el juicio final; así Dios me guarde y sus santos.

Jacoba dijo al suyo:

— Mi palabra de esposa se ha perdido para siempre, si el amigo de mi corazón no me trae mañana su espada de guerra teñida con la sangre del rey de invierno.

Estremeciéronse las tres novias; pero no tardáron en recobrar su serenidad al mirar á las tres jóvenes, mas hermosas que nunca, de pie delante de ellos y aguardando su respuesta. Cada uno de ellos quiso ser el primero en manifestar con un hecho heroico su puro amor: todos prometieron que el rey de invierno no vería salir el primer sol.

Despidiéronse de sus novias, las cuales se quedaron hablando de la gloria que iban á adquirir sus amantes, de su valor, del temple de sus almas, de su terneza, y, en fin, del condado y de los medios de repararlo. Los tres jóvenes tratáron entre sí, fuéron á la posada del *Escarabajo*, oyéron á los forasteros, supieron cual era el rey, donde dormiría y si tendría buen cuarto. Ellos conocían todos los rincones de la casa, y pasáron el tiempo platicando y bebiendo hasta bien entrada la noche.

Antes de amanecer, doce de los extranjeros salieron á toda prisa porque había viento y tempestad: el décimo-tercia se quedó en la cama, muerto y ahogado en su sangre; tenía en el pecho tres heridas mortales. Nadie pudo decir quien era; pero el huésped afirmó que no era el rey, y tuvo razon; pues el rey de invierno llegó felizmente á Holanda, como todos saben, y vivió largos años.

En el mismo dia enterráron al muerto, no en la tierra bendita del cementerio con las osamentas de los católicos, sino, como presunto hereje, en un muladar, sin cánticos, ni oraciones.

En tanto las tres novias aguardaban

impacientes la vuelta de sus queridos para pagar su recompensa; pero los queridos no volvíeron.

Enviáron á buscarlos por todas las calles, por todas las casas; pero desde la media noche nadie los había visto. El mismo huésped, su mujer, sus hijas, sus criados no pudiéron decir adonde habían ido, ni lo que había sido de ellos.

Entónces las pobres muchachas se aflijeron terriblemente; lloráron día y noche y se arrepintieron amargamente de la criminal orden que habían dado á unos hombres tan fieles y tan bizarros.

La interesante Jacoba jemía en secreto mas que las otras, pues había manifestado la primera el deséo de la muerte del rey de invierno. Dos días habían corrido desde la desgraciada noche, tocaba á su término el tercero, y las novias y sus padres nada sabían aun de la suerte de los tres mancebos.

En esto llamáron á la puerta de Jacoba, y entró un hombre de buena traza, diciendo que deseaba ver á la jóven, que estaba llorando junto á su padre y su madre. Presentóles el forastero una carta que un doncel le había dado en el camino y que él prometió entregar en propia mano. Oh! cual fué el júbilo de Jacoba! La carta era de su novio.

Estaba anonchando: la madre trajo apresuradamente dos lámparas para leer la carta y ver mejor al extranjero. Era este un hombre como de treinta años, de alta estatura, flaco, vestido de negro, pero á la usanza de aquel tiempo: su sombrero estaba guarnecido con una hermosa pluma, caíale sobre las espaldas una capa de terciopelo negro, pendía de su cintura una espada con puño de oro y palenca, en sus dedos brillaban muchos anillos de alto precio. Pero su rostro, cuyas facciones eran nobles y regulares, parecía pálido y livido, y su lúgubre vesti-

menta lo hacía aun mas descolorido. Tomó asiento, y el padre leyó, á la luz de una lámpara, la carta que estaba concebida en estos términos.

«Dulce amiga: la fe de mi novia se ha perdido para mí. Me voy á guerrear á tierra de Bohemia y buscaré otra mujer que no pida á su amante una espada teñida de sangre. Te devuelvo tu anillo.»

El anillo cayó de la carta.

Cuando Jacoba oyó leer esta carta, abandonáronle las fuerzas, lloró otra vez y maldijo al infiel. El padre y la madre consoláron á la pobre niña y el extranjero le dirigió estas palabras.

— Si yo hubiese sabido que la comision que me encargó aquel mancebo, debía causaros tal desesperacion, tan cierto como soy el conde de Tumbas, le hubiera dado el abrazo de san Juan con mi buena espada. Enjugad esos ojos hermosa niña; una sola de vuestras lágrimas debe apagar tan mal correspondido amor.

Pero Jacoba no dejó de llorar. Fuése por fin el conde, y pidió permiso para visitar á la aflijida jóven en la siguiente mañana.

Cumplió su palabra y vino. Jacoba estaba sola: él le dijo:

— No he podido dormir en toda la noche, pues he estado pensando en vuestra hermosura y en vuestro llanto: concededme una soneisa para restituir á mis pálidas mejillas el color que el insomnio les ha robado.

— Como he de sonreirme? dijo Jacoba: no me ha enviado su anillo? no ha desgarrado mi corazon?

Tomó el conde el anillo y lo arrojó por la ventana. Léjos de aquí este dije! exclamó. Con cuanto gusto lo reemplazaría yo con otro mejor! y sacandó de su dedo la mas magnífica de aquellas sortijas, la puso en la mesa delante de Jacoba, diciendo: de buena gana os la diera y estas otras

también, pues á cada una de ellas va unida una rica báronía!

Jacoba se ruborizó y desechó la brillante sortija.

— No seáis tan cruel, dijo el conde; ya os he visto y nunca podré olvidaros. Vuestro novio os despreció; despreciadle vos también, y gozad la dulzura de la venganza. Yo pongo á vuestros pies mi corazón y mi condado.

No quería Jacoba escucharle; pero en lo íntimo de su pecho conocía que el conde hablaba con razon y que es muy sabrosa la venganza. Así pasaron largo rato platicando. El conde era modesto y persuasivo; pero nó tan buen mozo como el novio perdido: su cara tenía verdaderamente una lividez chocante; aunque al oírle hablar se olvidaba este defecto. Por último, como todo llega á su fin, acabó Jacoba de llorar, y algunas veces se vió precisada á somerse en presencia del conde.

No tardó mucho en cundir por toda la ciudad la nueva de la llegada de este personaje, pues tenía criados ricamente vestidos y magníficos trenes. También se dijo que había traído á Jacoba una carta de su novio. Cuando Verónica y Francisca supieron esto, corrieron á buscar á su amiga y á preguntarle si el noble conde traía noticias de los otros dos, y la rogaron que se informase de él.

Así lo hizo Jacoba; y como el conde le dijo que deseaba hablar á las dos doncellas para recordar, por las señas que le dieran, si había visto á sus novios, la joven se lo agradeció muchísimo. Y al ver la hermosa sortija que brillaba en el dedo del conde, dijo para sí: «Con solo tender la mano puedo alcanzar un condado, sin necesidad de repartirlo con Francisca y Verónica. De este modo mi infiel amante me dará sin querer el título de condesa.» Mostró en seguida á sus padres la sortija que el señor feudal dejara sobre

la mesa, les habló de sus honrosos ofrecimientos y les dijo que tenía noticia de sus numerosos feudos. Admiráronse extraordinariamente los buenos ancianos, y no quisieron dar crédito á su relacion; pero habiendo vuelto el conde, trayendo á su hija una cruz de diamantes pendiente de siete hilos de perlas, empezaron á creer en sus palabras y dijeron: este es el yerno que nos conviene! no debemos despreciarle!

En tanto hallábase el conde junto á Verónica. Parecía mas hermosa que Jacoba, y cuando, por último, vió á la rubia Francisca, contó á cada una en particular igual historia acerca de sus novios. Dijo que había encontrado en una posada á los tres compañeros, cantando alegremente al reledor de un frasco de vino, y disponiéndose para partir á la guerra de Bohemia; que cuando les dió á entender que pasaría por Herbesheim, escribió uno de ellos una carta para Jacoba y rogó se la entregase: que los otros se habían mudado de él, diciendo: Nosotros tenemos quehaceres mas importantes que el de escribir cartas; si veis á nuestras novias, les direis que nos vamos á Bohemia, porque nos han jugado una mala pieza y les enviamos sus anillos; consuélese pues con aquel á cuyo dedo se ajusten.

El conde aseguró á cada una de las jóvenes que su sortija se adaptaba perfectamente á su dedo: las consoló, les hizo regalos, les ofreció su corazón y su condado, y las tres se acostumbraron muy presto á aquella cara livida y desencajada.

Guardó cada una de ellas profundo secreto acerca de las visitas y promesas del conde, pues como se tenían mutuamente, temblaban no cayese el noble señor en otras redes: ya no se visitaban como antes, y cuando el conde iba á ver á cualquiera de las tres, las otras dos se entretendían de muerte.

Grandes progresos hizo el conde en po-

ro tiempo; pero en vano juraba á cada una que las otras le parecían muy sosas y que solo las visitaba por cortesía; sus protestas fueron desoídas, y como todas exigían la misma prueba de amor, se vió el hombre razonablemente empachado. Sin

embargo prometió cuanto quisieron y exigió que las bodas se celebrasen secretamente ante los padres, y luego solicitó una hora sosegada de la noche para que las novias pudiesen hablar á placer de la boda y del viaje á la castellanía. Las tres



consintieron, pero al consentir decía cada una:

— Querido conde, cuán pálido estais! Quitaos ese negro traje que os hace aun más descolorido.

Y él respondía:

— Estoy cumpliendo un voto, pero en el día de la boda me presentaré rojo y

blanco como las mejillas, oh querida de mi corazón!

El conde se casó con cada una de las tres amigas. Luego al ser de noche se introdujo en sus dormitorios. Á la mañana siguiente, como las novias dormían demasiado, fueron sus padres á despertarlás. Cada una de ellas estaba fría en su cama,

con el cuello retorcido y la cara vuelta á la espalda.

Horribles lamentos resonaron en las tres casas. El pueblo acudió espantado. Asesinato! asesinato! clamaban por todas partes, y como las sospechas recaian sobre el conde de Tumbas, reunióse la muchedumbre delante de la posada del Escarabajo, y entraron en ella los esbirros con sus archeros. El pobre huésped estaba aterrado por que el conde y su comitiva habían salido por la noche, desapareciendo tambien su inmenso equipaje, sin que nadie se lo hubiese llevado.

De aquí nació una consternacion general: todos se santiguaban al pasar por delante de las casas de las tres novias; los regalos, los trajes de boda, las perlas, los diamantes, cuanto el conde les había dado desapareció como por encanto.

Una comitiva poco numerosa de hombres embozados en largas capas negras fué acompañando hasta fuera de los muros los féretros de las tres jóvenes.

Cuando se pusieron en el suelo del cementerio de la iglesia de S. Sebald, salió de la comitiva un hombre de alta estatura, á quien hasta entonces nadie había visto... Asombráronse todos al reparar que, estando antes vestido de negro, se presentó repentinamente con traje blanco... Aparecieron en su jubon tres manchas rojas, corrió sangre á lo largo de sus mangas; y él se encaminó silenciosamente hacia el muldár.

— Jesus, María! exclamó el posadero del Escarabajo, este es el muerto que enterramos hace veinte y un dias.

Cuantos se hallaban en el cementerio recharon á correr horrorizados. Los féretros quedáron allí abandonados por tres dias y tres noches.

Cuando los magistrados dieron providencia de enterrar los solitarios atahudes, se observó que no pesaban lo que debían; sin

embargo las tapas estaban perfectamente clavadas. Uno de los enterradores trajo tenazas y martillos: otro fué á buscar al cura y al sacristan. Al abrir los féretros, nada encontraron en ellos, ni almohadas, ni sábanas, ni las esterillas de paja que era costumbre poner debajo de los cadáveres.

Por consiguiente fuéron enterrados los atahudes vacíos.

(Traducción del alemán.)

LA MUERTE DEL CARNAVAL.

Carisimos lectores, hoy jueves 21 de febrero celebra El Panorama los funerales del próximo pasado *Carnaval*; y segun inveterada costumbre, respecto de ilustres difuntos, no debe de faltarle á este ilustrisimo muerto, que tanto ruido ha hecho en vida, un cachito de discurso á guisa de panegirico. No viene á ser otra cosa en substancia la mayor parte de las oraciones fúnebres. El ingenio y la adulacion suelen calificar en ellas como hombre honrado al que fué un belitre: á una coqueta asquerosa como matrona prudente y recatada: al cobarde como valiente: á la consorte mas infernal como un modelo de virtudes domésticas; y conducen mano á mano hasta el templo de la Inmortalidad, decretándoles el laurel de los heroes, á mas de cuatro badalagues, los cuales ni aun llegaron á sospechar nunca que valiesen gran cosa. Queda, pues, por via de parentesis, difinitivamente declarado que esto de las oraciones fúnebres puede reputarse como uno de los cien mil abusos introducidos en las prácticas religiosas, aun cuando no sea mas que por el ridiculo que envuelve ponerse á hablar, y con en-

comio, de la criatura en la mansión consagrada al Criador, ante quien todos, sin excepcion, somos polvo y nada, si el ser nada es ser algo. Volvamos al *Carnaval*.

— Jugueton, cuando era chiquito: travieso asaz, al aproximarse el jueves gordo: demente confirmado, en vísperas de ceniza: loco furioso, en el domingo llamado de los dulces... murió! desapareció! Con él ha fallecido, por ahora, nuestra alegría; con él han tomado el portante los dominós, aunque no las carretas: él se nos lleva las valencianas contrahechas y los *moros* mas amigos de los cristianos! Ya era tiempo: mucho ántes había muerto, de mano airada, nuestra quietud, y ausentándose de nuestras faldriqueras, por instigaciones del difunto, parte considerable de nuestro pobre dinero, pasando por fracciones á la caja del Empresario, al bolsillo del alquilador de coches, al erario del ropavejero de trajes, al cajon del fondista, y al cofre de los que prestan para urgencias á setenta y cinco por ciento.

Una propension natural en los hombres, y en las mujeres, á lo que (en estilo vulgar) hemos convenido en llamar *jolgorio*, enjendó en edades remotas á los enjendadores del *Carnaval*. Vénus y Baco hacian los honores de aquellas festividades impuras que repugñaron al Cristianismo; y el árbol jencalógico de nuestro alborotador cadáver, es decir, del que alborotaba cuando vivía, echó al parecer los últimos vástagos en los primeros siglos de la iglesia.

Pero los Cristianos aguzando el ingenio, y discurriendo á mas y mejor, acabaron por descubrir el sucesor lejítima de las farsas bacanales; el *Carnaval* fué substituido á las orjillas del paganismo, y colocado en el catálogo de las púdicas solemnidades, pegadito al tiempo mas santo del año. Como si hubiesen querido hacer así mas chocante el contraste que resulta-

ba entre la gula y el ayuno; entre el desenfreno de la lujuria y la severidad de la continencia, entre dedicarse á Dios ó entregarse al mismo Demonio!

Dijo uno: yo consagraré cuarenta dias á la abnegacion; pero en los tres que preceden á los cuarenta ponerme he el cuerpo como chupa de domine!

Y dijo otro: yo no me contento con tres, tomaré uno mas, y siendo cuatro para cuarenta, cobraré el diez por ciento en placeres sobre el capital de las mortificaciones. El que así discurría inventó la primera Bolsa de Comercio.

Y dijo otro: yo tomaré cinco; y así fueron despues tomándose poco á poco mas y mas dias, y consiguiéron que el *Carnaval*, primitivamente destinado á una vida de setenta y dos horas, naciese cuando nace el niño Jesus en el portal de Belen, y viviese gordo y lucido mas tiempo que su enemiga la flaca y pálida cuaresma; y lograrse por último adelantar una de sus dos piernas colosales hasta poner la pesada planta en los dominios del *Abadejo*, haciendo la mamola á la respetable cuanta carcomida vieja, al son de los violines, entre el estrépito de los contrabajos, y con la zambra de las trompetas y atabales.

El *Carnaval*, gigante prodijioso, descollaba sobre los edificios mas altos de la Capital, ceñida la frente con el gorro de Momo, guarnecido de cascabeles. Dotado de cien brazos larguísimos, cual otro Briarco, alcanzaba desde el Teatro del del Príncipe al Salon de Oriente, tocando en todos los demas puntos de la poblacion, en que había jaleo y respingo, y comunicando á sus creaciones vida y movimiento. A su potente voz abandonaba la tímida doncella el techo doméstico, cubierta con endeble capuchon, y haciendo frente á los soplos penetrantes del nevado Guadarrama: su májico acento se insinuaba en el corazon de la sumisa esposa, y turbau-

do acaso la paz conyugal conseguía para obsequio del poco galante esposo una docena de arañazos: su idioma seductor triunfaba del estoico solteron como de la fastidiada dueña; y confundiendo sexos, edades, gustos, jenios y condiciones, establecía por intervalos la mas absoluta democracia entre sus innumerables adeptos.

Decíleme ahora, amados lectores, de quien se cuentan mayores feaños? Qué Alejandro, ni Diego, ni Martín consiguió tan ruidosas victorias? De qué Maese Pedro se escribe que pusiese en accion tantos tóteres? Si los padres y los tutores han palecido; si los hermanos de espada en cinto (modelados por los de Calderon de la Barca) han rabiado: si algunos maridos regañones se han visto en la necesidad de gastar unas cuantas arrobas de paciencia, virtud *simple* de complicado beneficio; cuando no han ganado en cambio las intrigas de amor, las calaveradas inocentes, las muchachadas de chispa y diablura, los truenos en regla! En estos tiempos de bienamplanza, y aun de prosperidad, en que se lleva el frac sin bolsillos, porque la ausencia del dinero los hace supérfluos: en esta época de progreso rápido en que se edifica á fuerza de destruir, en que se sabe todo sin estudiar nada: en este venturoso siglo que inmortalizarán el vapor y el papel moneda, el *Carnaval* tiene grandísima importancia, aunque no se le considere sino como complemento del confuso desorden, del enmarañado laberinto, del mare magnum de la actualidad!

Pero este *Carnaval*, repito, ha muerto; y se llevó sus mazas y sus dulces de pega; y al exhalar el suspiro postrimero lanzó de la enormísima boca un regio huracan cuya corriente violenta apagó en un punto el sin número de luces con que le obscurábamos en su agonía. Nos dejó á buenas noches, como en inmediata prepara-

cion de penitente disciplina: cayó el tirsó de las manos del bastonero: cayeron los arcos de las de los Orfeos de las orquestas: los lijeros pies de la ya ojerosa lehiad, los ágiles brazos del amarilado elegante fueron heridas de mortal parálisis. Finaron allí los jestos apasionados, las miradas de reojo, los codazos de intelijencia, las pisadas de intencion, las indirectas verdes, las frases coloradas, las insinuaciones de rodilla, los apretones de mano, el empujoncito de advertencia, el desmayo ficticio, las trampas del écarté, y el Champagne que no había estado en Francia. Allí fué troya para el Bajelito con su *columpio* y su *caliá*, para la Mazowrka con sus frenéticos saltos, para el Rigodon con sus figuras emblemáticas, para el Galop con sus atropelladas corridas y sus sabrosos tropezones. La Greca, la enmarañada y polvorosa Greca puso el pié en el pescuezo á sus hermanitos; y dando dos ligas al difunto, que pocos momentos ántes nos embelesaba todavía, nos retiramos todos á buscar entre mantas el reposo de que habian necesidad nuestros fatigados miembros.

Pero no se va quien á casa vuelve no! El Carnaval renace, como el fenix, de sus propias cenizas; y cada año se abate mas arriscado y mas bromista. Nada tiene de particular, porque todo entre nosotros se va ya convirtiendo en broma y en chanza, de *puro solites* que somos los españoles.

Descansa, pues, en paz por unos cuantos meses, padre de la locura, patron de la destemplanza, y especial abogado de la borrachera! tú resucitarás; y tal vez no está léjos el día en que te apoderes de todo el año: entónces no tendrás que andar jugando al escondite. Estamos ya muy acostumbrados, con multitud de aplicaciones, á la máscara. Dentro de poco ni aun para dormir nos quitaremos las caretas!

AZOGNA.

RAMILLETE.

Varios literatos, artistas y otras personas notables, apasionadas al teatro, diéron en la tarde del 17 en la fonda de las Cuatro Estaciones, un convite de despedida á los actores D.^o Matilde Díez y D. Julian y D. Florencio Romea, recientemente contratados para Granada. El banquete fué delicado y digno de tan escogida reunion: reinó en él una cordialidad artística de muy buen tono, hubo numerosos brindis é improvisaciones poéticas adecuadas al objeto. Los actores que se despiden han recibido con este obsequio una prueba mas del aprecio de los madrileños que tan merecidos aplausos les han tributado constantemente. No dudamos que en la hermosa Andalucía alcanzarán nuevos y abundantes laureles escénicos; y al paso que deploramos el vacío que dejan en la capital, nos consuela la esperanza de que este viaje no anunciará una separacion de mas de un año. Nosotros unimos nuestra débil voz y nuestro aplauso, á los brindis y aplausos del banquete; y felicitamos á estos distinguidos artistas por las satisfacciones que en él han recojido.

— Un peon de albañil empleado en el Havre recibió la noticia de que cierto tío suyo, muerto en Rusia, le había dejado una herencia nada ménos que de 720.000 rs. — El Escribano que le notificó tan agradable acontecimiento, le instaba á ponerse en camino en el propio día. — “Perdone V. le respondió el albañil, no puedo marcharme hasta el viernes. — Como así, cuando esto urge tanto? — Como? porque quiero llevarme conmigo á Luis. — Luis? Y quien es ese Luis? — Mi amigo Luis, el que trabaja conmigo, y que no trabajará mas porque yo soy rico: y tambien hay otros á quienes cabrá igual suerte, sin contar el tío Nicolas, que tiene ya 65 años, y su hijo Renato, que gana la vida con el sudor de su frente...” Si el rico de nuevo coño cumple lo que promete, esta vez siquiera habrá probado la fortuna que vé al través de la venda que le cubre los ojos.

— LICEO VALENCIANO. Tenemos á la vista el primer cuaderno de una coleccion de producciones artísticas y literarias que con aquel título se ha publicado en Valencia, excelentemente impreso por el Señor Cabrero, una de las notabilidades de España en trabajos tipográficos.

Comprende este cuaderno un discurso preliminar, majestralmente escrito por el Sr. Don Mariano Roca de Togores, presidente de aquella escogida reunion; otro discurso, inaugural, hábilmente desempeñado por el Señor Juane; y varias composiciones en verso de los Señores Bonilla, Benedito, Vicente Sunyé, Zárraga, Baron de Andilla, y Roca de Togores; todas de mucho mérito. Asimismo es digno de grande elogio, por la buena crítica con que está redactado, el artículo del Señor Salvá, en que propone la cuestion siguiente: ¿Ha sido juzgado el Don Quijote segun esta obra merece?

Sentimos que los estrechos límites de nuestro periódico no nos permitan insertar integras algunas de las composiciones indicadas. En la titulada *El Opulento y el Mendigo*, del Señor Baron de Andilla, son notables los versos siguientes:

..... El pobre anciano,
Godiciando su pompa, auxilio implora;
Y alargando su mano,
Solo alcanza las lágrimas que lloran
“¿Cuantos mantos de púrpura!” su labio
Repite tristemente: “¿cuánto armíño!
Y el cielo ni una piel de humilde oreja
Para cubrir la desnudez me deja!
Socorred mi vejez: vedme cual sombra
Errante entre los túmulos sombríos;
Y cubierto de miseros andrajos,
Á par de vuestros rejos atavíos!
Hiela... mas ricas pieles os calientan:
Alcázares de piedra os dan abrigo:
En vano brama el huracán... Yo en tanto
Tengo el cielo por techo,
Y estos mármoles frios son mi lecho.
Magnates, una lágrima al Mendigo!
La miseria es su yugo:
No seais, insensibles, su verdugo!

Editor responsable — A. GUERRERO.